

## DIOS PARA ADORAR

Miguel García-Baró

(Transcripción de la conferencia pronunciada el día 4 de abril)

Ha sido a través del camino de la filosofía como yo he encontrado, sobre todo, las fuentes esenciales de la adoración de Dios. La filosofía está mucho más cerca de la adoración de lo que la gente habitualmente supone. La filosofía tiene muy poco que ver con una disciplina académica, con una torre de marfil, con la erudición; es realmente una cosa muy distinta. A mí me gusta basar cualquier reflexión de esta naturaleza en dos textos bíblicos esenciales que conoceréis muchísimo mejor que yo y con mucha más experiencia de estas cosas que yo. El primero es el capítulo 13 del Libro de la Sabiduría donde se recomienda el camino para llegar a la adoración de Dios en términos que tendréis en la memoria y que yo recuerdo según la letra griega del texto, son éstos: en realidad todo hombre tiene de alguna manera la capacidad de llegar a conocer al Dios que es *El que es*, es decir, al Padre de Jesucristo, al Dios del Primer Testamento, no simplemente al dios del teísmo, al dios del deísmo, sino justo al Dios personal, creador del mundo y que se ocupa de él revelándose y preparando su redención. *Son vanos por su propia naturaleza los hombres que no llegan a ese conocimiento*, empieza diciendo el texto y que, por tanto, da una base fundamental a cualquier buscador de la verdad, para animarlo a que por el camino que él emprenda –si es que lo emprende con ánimo de llegar hasta el final, si es varón de deseos o mujer de deseos– puede entonces llegar al conocimiento del Dios auténtico.

Pero se dice: primero *hay que tener mucha fuerza para eso*, esa es la palabra que emplea el original del texto; lo que debe emplearse en esa búsqueda es toda la existencia, no únicamente la razón, porque justamente, como decía un pensador judío del siglo pasado, no es que no se demuestre que Dios existe, sino que una demostración es sólo una demostración y, sólo con la cabeza nos pasaría aquello de lo que nos advertía ya san Juan de la Cruz: *¿Encima sólo hablando quieren tener a Dios?*; eso no es posible. Es un movimiento de la existencia toda y un movimiento que el texto del Libro de la Sabiduría y después el primer capítulo de la Carta a los Romanos de Pablo que comenta ese texto, recogen en los siguientes términos: primero tenemos a nuestro alrededor un mundo que es bello y bueno, un mundo disfrutable, un mundo incluso en el que el disfrute ya se nos da de antemano y de entrada, sin que tengamos especialmente que buscar. Gozamos del aire, gozamos de la tierra, gozamos del sol, gozamos de los alimentos. Hay que amar profundamente la realidad, porque es bella y buena; quizá es menos bella y buena la realidad humana que la realidad de la naturaleza, pero en todo caso, lo que en principio nos rodea es digno de nuestro disfrute. Y cuando un hombre disfruta profundamente de la realidad y empieza a amarla, entonces lo natural es que pase a pensarla. A los estudiantes de teología un poco renuentes a la filosofía, como suelen serlo en primer año muchos de ellos, yo les recuerdo que ese término tan raro de *noúmeno* que empleaba Kant está en el capítulo primero de la Carta a los Romanos y es porque san Pablo allí, comentando el texto del Libro de la Sabiduría, dice: El que ama y disfruta y recorre el mundo, lo convierte en objeto de su pensamiento y, cuando lo convierte en objeto de su pensamiento, lleva dentro de sí, ya, un anhelo o un anzuelo que le hace buscar a qué realidad llamará Dios. Y ese texto nos advierte de algo que no ha sido dicho quizá más bellamente nunca que como lo dijo el maestro Eckhart y que yo considero que es la oración básica de todas las oraciones: *Dios mío, líbrame de mi dios*.

Porque el hombre en busca de la identificación de Dios, disfrutando y pensando, puede no tener suficiente fuerza, porque este mundo le guste demasiado o porque este mundo –en lo que hace a los hombres y a la historia– lo desespere demasiado, y entonces termine por caer en la idolatría de cualquier objeto que pertenece a la creación, pero no a quien hizo la creación.

Lo que en definitiva nos dice el texto, es que toda persona si piensa profundamente en la realidad que ama, si se deleita en ella, cuando busca el objeto al que adorar, al que venerar, necesita una extraordinaria fuerza, pero puede, dada esa fuerza, comprender que si Dios existe, Dios es libre respecto de hacer o no el mundo. Precisamente Dios no es una necesidad, no es algo que podamos ver como en dependencia de nuestro mundo porque simplemente sea la causa que necesita este efecto. No, Dios es realmente libre y, por tanto, sólo se puede pensar en un Dios personal, que en su libertad ha decidido la extraordinaria empresa amorosa de conceder participación en su vida a seres enormemente inferiores a Él mismo en dignidad y en capacidades. Y por tanto, cualquier hombre, simplemente si sigue la dirección profunda de su amor y del pensamiento que dimana de su amor, llegará a comprender la libertad de Dios y llegará a ponerse, por tanto, en una situación en la que pueda no solamente pensar que en el principio Dios hizo este mundo, sino que, dada esa libertad amorosa que explica la realidad, Dios puede, así como intervino al principio de los tiempos, intervenir en medio de los tiempos y, por tanto, no solamente crear, sino revelarse. No sólo revelarse en la creación, su primera revelación, sino revelarse en la experiencia diaria, en el ahora de muchas, quizá de todas las personas, quizá de unas pocas... no lo sabemos de antemano; y precisamente una parte fundamental de nuestra búsqueda del Dios al cual adorar es llegar a comprender si la experiencia de la revelación divina solamente se ha dado en algunas circunstancias excepcionales en el pasado o es –como yo creo que es– más bien un presente no continuo pero casi continuo: este presente. No sólo el Sinaí y no sólo para profetas, sino también este presente para nosotros, comprometidos también a ser profetas. Y si se puede pensar la libertad de Dios y estar a la escucha de los relatos que hablen de la intervención libre y amorosa dentro de la naturaleza, cuando ya la historia está avanzada, entonces, continúa el texto de Sabiduría, podrá ese hombre que pensó tanto, pero no en ninguna academia, a lo mejor en lo alto de un monte, a lo mejor en una cueva, a lo mejor sirviendo en África a los más pobres de los pobres, a lo mejor en los cuidados paliativos de un hospital terrible en cualquier ciudad europea, a lo mejor en los barrios de Medellín donde todavía las fronteras invisibles están vigentes. En cualquiera de esas situaciones, invadido por la idea de la libertad de Dios, invadido también por la idea de que solo el amor puede explicar este mundo tan desconcertante, puede uno entonces ponerse a la escucha de los relatos ciertamente, por así decir, inverosímiles, casi escandalosos en los que se nos habla de que el Dios que merece adoración no es únicamente el creador ajeno al mundo, vuelto de espaldas al mundo, que lo hizo, quizá que se le escapó y después se desentendió de él, sino más bien el cuidador amoroso de todos los presentes, quien por tanto prepara para el mundo una redención, una recuperación, una salvación infinitamente superior a lo que ningún corazón puede esperar, ni siquiera el más limpio de los corazones humanos. Desde luego, una redención que está mucho más allá de lo que los ojos han visto, de los que los oídos han oído y de lo que las manos pueden tocar y mucho más allá de lo que la imaginación puede representarse y de lo que el pensamiento puede concebir.

Creación, revelación y redención, las tres intervenciones de la divinidad o, mejor dicho, del Dios personal, personalísimo, que crea por amor, que engendra dentro de sí la Trinidad amorosa y que vigila, de alguna manera, nuestros pasos por la historia, aunque en muchos momentos tenga que sufrir el que nuestra libertad parezca negar el sentido de la historia y el sentido de la naturaleza, y pueda poner en peligro nuestra libertad, la capacidad de adoración, que los seres humanos que tenemos junto a nosotros tienen de manera innata.

Por tanto, son los textos bíblicos mismos los que dicen: primero, hay que pensar para poder creer; y después, cuando oímos el relato de las hazañas de las justicias de Dios, vamos viendo que esas hazañas son cada vez más intensas, cada vez más sorprendentes y cada vez más desconcertantes. A veces pueden expresarse en la destrucción del Templo, pero otras veces se pueden expresar en la encarnación del Verbo mismo de Dios, aunque esa encarnación termine en el sufrimiento de la cruz y tenga que ser recuperada en la resurrección por Dios Padre. Cuando atendemos después de haber pensado, después de haber disfrutado la realidad, de haberla amado, de haberla pensado, cuando nos hemos elevado al pensamiento de la libertad de Dios y entonces estamos en disposición de oír estos relatos, cuando les prestamos fe, entonces necesitamos pensar todavía mucho más, necesitamos una forma de pensamiento infinitamente intensa, porque lo que estos relatos nos presentan –como ha dicho por ejemplo, entre tantas figuras del pasado filosófico, fundamentalmente el extraordinario autor danés Kierkegaard– es algo inconcebiblemente hermoso, extraordinariamente desbordante y, como tiene que ocurrir necesariamente con el amor absoluto, algo que no nos cabe ni en la cabeza ni en el corazón. Kierkegaard solía decir que el amor absoluto que se dirige a una persona tiene la certeza de tener que ser desgraciado, porque nosotros somos capaces de acoger, y aun eso malamente, amores no absolutos; pero el amor absoluto tiene que fracasar con nosotros. Nos es más fácil una vida en la que los amores sean limitados, sean mitigados y, desde luego, más fácil todavía una vida en la que las rencillas estén presentes, que no la atmósfera casi irrespirable del amor absoluto.

Así pues, son estos textos mismos los que ponen en la dirección de que solamente el amor, el pensamiento, la visión, la escucha y todavía mucho más pensamiento, sitúan al hombre no ya solo en la alimentación de la leche materna de la fe, sino que le ponen en el camino del disfrute aún no pleno, previo siempre a la absoluta revelación del cielo que la vida futura proporcionará de lo que es la presencia de Dios en la historia y en la naturaleza y, sobre todo, en cada uno de nuestros presentes.

Yo creo por eso –y es lo que propongo siempre a mis alumnos en la Universidad de Comillas ahora– que es absolutamente imprescindible para la vida espiritual una cierta base en alguna de las ideas que, no sólo los filósofos cristianos –ya sabéis que se llamaron filósofos y no teólogos, por ejemplo, a los Padres Capadocios– simplemente por esto que he indicado, si nosotros tenemos ahora que pensar además a este Dios cuyo amor absoluto corrige, transforma y trastorna los moldes de la naturaleza y de la historia, pues evidentemente eso requiere que nuestro corazón, nuestra cabeza, toda nuestra actividad se ponga todavía más activa aún que cuando no nos habíamos

encontrado con ese Dios, para que podamos al menos tener la esperanza de ser un día merecedores de acoger en plenitud su amor absoluto.

Pues bien, la idea misma de la vida filosófica es sencillamente esta: todo hombre debe emprender el camino de encontrar con base en qué verdades está hecha su vida, y con base en qué clase de prestigios y de evidencias tuvieron esas verdades para que él las admitiera como aquellas en las que está basada su existencia toda. Esa es la auténtica idea del pensamiento filosófico, pero yo diría el principio mismo de la vida espiritual. Eso es un mandamiento universal, un deber universal, y es también un deber infinitamente grato, porque es el único que nos pone verdaderamente en el camino de encontrarnos con el Dios adorable, pero de hecho adorándolo; no simplemente imaginando una adoración futura. Tendríamos que hacer una propaganda de infinita intensidad en favor de lo que significan los términos verdad y responsabilidad. Cualquiera de nuestras vidas está siempre, siempre, compuesta de acciones; y las acciones están siempre basadas en lo que creemos saber de las cosas sobre las que actuamos. Pero eso que creemos saber, sobre todo sobre los demás hombres, sobre nosotros mismos, en muchísimas ocasiones no está justificado. La ética antigua, la filosofía de los paganos, de los heroicos paganos anteriores a la venida de Cristo, insistió mucho en este punto que yo creo es el cardinal de la vida espiritual: lo que adoramos los hombres es la finalidad última de nuestra existencia. Todos nosotros nos movemos hacia un objetivo que pretendemos que ha de darnos la plenitud de nuestra vida; ese es el objeto propio de nuestra adoración. Pero –decían estos durísimos moralistas de la antigüedad de los que hay tanto que aprender todavía hoy– que es mucho más fácil para cualquier hombre saber qué no quiere que saber qué sí quiere; y eso significa que sostenían que en muchísimas vidas humanas ha intervenido un factor perturbador que es el miedo. Ellos eran pesimistas, nosotros somos optimistas pese a toda evidencia. Ellos, en su pesimismo, sostenían que en realidad cuando un hombre no adora al propio Dios, se adora a sí mismo, o adora las riquezas o adora la fama o adora cualquier otro objetivo incluso la simple virtud. Cuando decimos que algo nos conviene, fundamentalmente lo que estamos diciendo es que hay una cosa que tememos mucho y que va en dirección contraria de esa que nos conviene. Creo que tendríamos que recordar casi como una jaculatoria diaria que acompaña la oración de Eckhart, esta otra expresión: la vida espiritual atemorizada no es vida espiritual. La vida espiritual necesita, como virtud cardinal, la virtud de la fortaleza y esta virtud es precisamente intentar deshacernos de prejuicios, intentar mirar el fondo de las verdades que hemos establecido como absolutamente esenciales en el desarrollo de nuestra vida, con el apasionamiento de quien sabe que esas verdades están juzgando el malogro o el logro de su existencia y que solamente en nosotros –como dice también el primer capítulo de la Carta a los Romanos de Pablo– está en principio el juez que debe decirnos si la orientación de nuestra vida es la adecuada o no.

Kant hacía una distinción interesante, un poco entre líneas, entre adorar y venerar. Podemos adorar el becerro de oro, podemos adorar infinitos ídolos distintos –Dios sabe los que hoy se adoran– pero no hay por qué ser ni catastrofistas ni pesimistas; estamos aquí para reforzarnos en la idea de la esperanza absoluta y no de las pequeñas esperanzas, pero ciertamente las personas que buscan una vida espiritual, una filosofía o ingresar en órdenes religiosas son tres o cuatro cada año, pero aspirantes a *Gran*

*Hermano* son cientos de miles. Es decir, adoración de la imagen, adoración del placer, adoración de la juventud, adoración de tantos y tantos ídolos. Kant decía con humor que un hombre a lo que no puede venerar es a sí mismo, es decir, una cosa es que alguien convierta en el objetivo de su vida un ídolo, y otra cosa es que respete profundamente a ese ídolo. Cuando San Agustín en el Libro IV de *Las confesiones* cuenta la pérdida de su amigo y, siendo todavía él maniqueo, reflexiona en cómo debería quizá confiarse a su Dios, reconoce en un pasaje extraordinario que su Dios, ese Dios al que él adoraba entonces, era menos verdadero y peor que su amigo. Por tanto, veneraba a su amigo y el Dios al que adoraba no merecía ni siquiera su veneración.

De lo que se trata precisamente es de ir aprendiendo con muchísima paciencia, siguiendo el curso de la vida, aprovechando los grandes acontecimientos que nos ofrece, la depuración que en nosotros se va realizando, si somos hombres de amor, hombres de pensamiento, hombres de acción constante; la depuración que en nosotros se va realizando de la noción de Dios. Podemos desde el principio venerar a Dios –y no solamente adorar en este sentido de situar como nuestro objetivo final– pero no hay duda de que hay figuras infantiles, casi idolátricas, de Dios y que sólo la escuela de la vida misma, el acompañar con el amor y el pensamiento los acontecimientos que la vida nos ofrece puede realmente conseguir la depuración imprescindible en el Dios que está esperando nuestra adoración. Y la está esperando –cuenta un *midrás* judío bien conocido– como el dueño de un castillo maravilloso que nos ha invitado a entrar en él y está esperándonos en la sala central donde todos los tesoros están expuestos, pero nosotros, ya en la primera sala, muy lejos, hemos encontrado suficientes bellezas como para quedarnos en ella y no penetrar más allá.

Afortunadamente, la vida nos ofrece acontecimientos y lecciones de una rudeza extraordinaria, que a veces recibimos como si fueran incitaciones al sin sentido, a la nada, a la desesperación, pero que todas o casi todas pueden ser aprovechadas –para esto es para lo que se necesita la fuerza de la que habla el libro de la Sabiduría en su primer versículo, capítulo 13. Son experiencias que nos desbordan enormemente, que nos descabalan, que nos destrozan literalmente y que en muchas oportunidades las recibimos como si fueran desgracias y pueden ser precisamente gracias esenciales que nos van mostrando cómo nuestros ídolos pueden ir cayendo.

Os voy a recordar algunas de esas experiencias, porque creo que son la reproducción del camino que realmente lleva al Dios adorable, en el que una persona debería haber podido entrar –alcanzada ya una cierta edad– si ha aprovechado de alguna manera esas grandes experiencias y si de ellas ha aprendido lo suficiente. Y si, al rezarlas, ha podido ver cómo es Dios mismo quien se va hablando en nuestro interior y quien va deshaciendo las tinieblas con las que nosotros lo rodeamos. La primera y radical experiencia con la que un hombre nace a la existencia, es una enseñanza de una dureza tal que suele dejar a muchas personas como inválidas para la vida espiritual, porque las llena de miedo, las llena de desesperanza. Debemos mirar a esa clase de experiencias con toda tranquilidad, con la tranquilidad de que seguramente dejamos atrás los peligros que se nos presentaron en un principio. La lección mayor que un hombre recibe, la lección más dura –y que además recibe cuando es muy joven, posiblemente en la niñez– es precisamente aquella que forma la trama misma de nuestra vida, la evidencia más

fundamental de nuestra vida: el tiempo es breve e irreversible. Pero el niño no nace sabiendo eso, el niño se enfrenta con la muerte y aprende que la presencia de la muerte es la compañera de la vida humana en todos sus momentos. Cuando se recibe la presencia de la muerte, la reacción suele ser –y podría recordar fragmentos de homilías un tanto desangeladas que se pueden oír todavía sobre estos temas– el miedo, el terror o como decía don Miguel de Unamuno, pues mejor tiendo la manta en el suelo y no me hartó de dormir cada vez que me acuerdo de la muerte. Pero otro de estos pensadores sabios, teólogos judíos que tanto he querido y que he traducido y comentado, decía algo que es esencial y que se recuerda en la vida espiritual: si la experiencia de la muerte puede llenar de miedo, más bien debe ser interpretada como el “¡muy bien!” que exclama Dios sobre la creación del hombre en el sexto día. La muerte es el “muy bien”, porque es la lección inolvidable –que no podíamos esperar, pero que luego no podemos olvidar una vez que la hemos recibido– de que todas las cosas en nuestra vida urgen, de que todas las cosas son decisivamente importantes, de que nada vuelve atrás, de que no tenemos todo el tiempo del mundo para hacer el bien, sino, justamente, que cada presente es un presente ya maduro, maduro para el juicio de Dios, maduro también por tanto para la adoración. Cada presente puede ser una oportunidad de revelación. La experiencia de la muerte de alguna manera nos crea, y no debemos hurtarle la mirada, no debemos contarle las cerdas del rabo a la esfinge, sino mirarla a los ojos, como decía Unamuno. Cuando se la mira a los ojos, se recibe una lección que es la base misma de nuestra existencia y sobre la que se monta la vida espiritual. Yo, desde luego, si reconociera en la muerte la clave de todas las cosas, pensaría que la vida es desesperante, una pasión inútil, un rayo entre tinieblas infinitas; entonces podría, o no jugar al juego de esta vida, como lo hace un nihilista, como un hombre que supera el nihilismo diciendo: la vida es una porquería, pero como es lo único que hay, pues adelante con ella y si tuviera que vivir indefinidamente, pues adelante con ella. Pero el pensamiento más doloroso, el pensamiento que abre la puerta de la esperanza es precisamente que, si no hubiera muerte, todo sería mucho más espantoso. Y cuando un hombre entiende que la ausencia de la muerte sería aún más espantosa que su presencia, entonces comprende lo que es fundamental: que la base de su existencia no está hecha a base de problemas que resuelva ninguna ciencia, sino que está hecha de misterio. Un hombre sabe siempre y para siempre que en el fondo de su vida hay un misterio profundo, un enigma que se trata de resolver de algún modo. Pero es un saber que, debido a la terrible fuerza de la lección en la que lo aprendimos, todos lo hemos dejado probablemente atrás, muy atrás; aunque cuando otra vez, otras veces, nos visita provoca siempre una bocanada de angustia, o sea, de lo contrario de la esperanza: una especie de horror ante el enigma profundísimo de qué ha de poder ser la vida venidera; de cómo será que Dios nos recoja en una vida que no sea como esta vida, sino que sea más vida que esta vida.

Hemos aprendido, en efecto, que, si la vida, si la providencia –como terminaremos por poder decir– nos da una lección tan inolvidable como esa y nos mete en un enigma tan doloroso como éste: no sé lo que quiero, no sé en qué podría consistir la plenitud, no sé qué es ser, entonces podemos tener la esperanza de que quizá aprendamos en el desarrollo mismo de la vida, si no le perdemos la mirada a la esfinge, si no le damos la espalda a los misterios, si no convertimos todo en solo problemas que la ciencia puede arreglar o en solo problemas que un fideísmo completamente disparatado nos puede

permitir olvidar, entonces podemos tener la esperanza de que otras experiencias fortísimas de nuestra vida nos aclararán qué significa Dios, y nos aclararán por qué tiene tan profundo sentido vivir en inquietud del corazón desde siempre y para siempre hasta el momento en que por fin nos muramos, que como decía Séneca es, entre otras cosas, el maravilloso momento en el que ya uno deja de poder morir.

Esas otras experiencias extraordinarias son las experiencias de las que más debe aprender el pensador que busca a Dios, y las que mejor pueden depurar su noción de Dios. Creo que el Dios al que se adora cuando se está sobrecogido por el problema de la muerte, es el Dios memoria universal, memoria oceánica; el Dios que guarda en su memoria infinita todas las cosas que han ocurrido, todas las vidas, todos los gozos, todos los dolores. Ese es quizá el Dios al que uno reza, el Dios que se abre a la adoración cuando se descubre el misterio de la muerte: el Dios del pasar del tiempo, el Dios melancólico que inicia nuestra vida con esas luces que son precisamente de felicidad. La infancia, la adolescencia suele ser una etapa terriblemente dura, angustiada, y ahí los hombres religiosos tenemos que tener un extraordinario cuidado para no agobiar con un exceso de respuestas las preguntas de la gente que está a nuestro cuidado.

El vivir hecho una pura pregunta, como decía san Agustín, es muy incómodo y puede ser muy incómodo también para el prójimo que tenga que convivir con semejantes seres, pero es algo que se debe respetar profundamente. Se debe alentar la búsqueda personal de la verdad, se debe alentar el sentido de la responsabilidad por las verdades de las que uno vive como ya decía yo antes, y debemos tener cuidado en la educación religiosa para no hacer que nuestro Dios, mucho más maduro a lo mejor, reemplace los pasos necesarios en un difícil camino espiritual de las personas que nos han encomendado. Ellas ya tienen la semilla del misterio; más bien hay que proteger la realidad evidente del misterio en esas vidas, y no someter al misterio a una especie de iluminación racional excesivamente fuerte y atraer a una luz que no es la propia del camino individual de quien está en pleno sufrimiento y en plena búsqueda.

Pero vayamos al acontecimiento o a los dos acontecimientos que yo creo depuran enormemente esta idea infantil del Dios memoria, o esta situación humana en la que la preocupación por la propia muerte es el centro de todas las preocupaciones. No sé qué sentido puede tener la vida si todo es muerte, pero mejor es así que no al revés, etc. Es la extraordinaria experiencia del amor, primero del que se envía desde nosotros mismos a otros y después —experiencia más difícil esta segunda— la acogida del amor que otros lanzan hacia nosotros. Acoger el amor es algo bastante más difícil que amar. Amar es seguramente el segundo extraordinario acontecimiento que nos ocurre; amar es descubrir que la propia muerte es insignificante en comparación con un fenómeno en el que se puede caer siempre, que es ayudar a que el prójimo se desespere, o por lo menos se desespere un poco. Amar es respetar infinitamente a alguien incluso dejándolo pasar por delante de uno mismo. Amar no es sólo decir tú no puedes morir, tú no debes morir, es sobre todo practicar en cada presente esa cosa exaltada y casi imposible que es respetar infinitamente al otro, como si el otro fuera, no ya un objeto sagrado, sino un objeto santo, un fin en sí mismo, como dicen ciertos filósofos bien interesantes y bien espirituales y bien teólogos que son también. El descubrimiento de que el

descentramiento de la vida se produce, no porque uno quiera descentrarla, sino porque se produce. Porque ocurre como una catástrofe, *la destrucción o el amor*, como dice el título de Vicente Aleixandre; una auténtica catástrofe que nos saca de nuestras casillas, que nos vuelve dependientes de otros, que nos hace estar pendientes de la vida de otros. Y descubrimos así que Dios no es simplemente la memoria, Dios es fundamentalmente quien está enviándonos a esos otros como si fueran ellos, precisamente, la presencia de los mandamientos divinos en nuestra vida. La presencia de un hombre delante de nosotros es ya la audición del mandamiento que dice: no debes hacerme daño, no debes utilizarme, debes respetarme infinitamente, aunque yo sea más malo que la quina –eso es otra cuestión, Dios la verá. La extraordinaria experiencia de la intersubjetividad, de la verdadera alteridad que el hombre no descubre desde el principio, sino que es más bien una experiencia de madurez en que el hombre se ve de pronto descentrado de la preocupación obsesiva por sí mismo y centrado en la preocupación obsesiva por el prójimo; por cualquier prójimo o, como Platón más bien decía, *por los prójimos inmediatos*, porque amar al que no está junto a nosotros, amar al “sobreprójimo” es una muy mala manera de empezar con el respeto a la sacralidad o la santidad del otro.

Ese descubrimiento: el amor que cambia nuestra imagen de Dios, el amor que nos permite ver a Dios como quien nos envía al prójimo, no es exactamente ver en el prójimo a Dios, es ver en el prójimo el mandamiento, ver en el prójimo algo santo, ver en el prójimo la audición de esta manera de vida que es descentrada radicalmente, en donde se está adorando de alguna manera la acción de entrega radical a otro. Yo llamo a este segundo acontecimiento, desde la ladera de la filosofía, el acontecimiento de revelación.

Si yo fui creado en la experiencia de la muerte, en la experiencia del misterio, soy como recreado en la experiencia del amor, pero soy redimido –y este es el tercer y gran acontecimiento– en la experiencia del amor que yo recibo. En la experiencia en definitiva, del perdón. Afortunadamente, no soy teólogo profesional y me puedo permitir –como dice el título de uno de mis libros: *Ensayos sobre lo absoluto*, nada más que ensayos– decirlo, pero creo en la plenitud de la vida cristiana, de la vida de la adoración del Dios auténtico, del Dios amor, del Dios libre, del Dios que nos invita a amar, a pensar, a no tener miedo pase lo que pase, aunque la historia parezca mostrar que todo en ella es sólo poder, dinero, fama, gloria. Cuando se tiene la experiencia de ese Dios y se entra en la esfera de una adoración superior, se hace la experiencia de la recepción del perdón o incluso la simple experiencia profunda de la petición sincera de perdón. Y mucho más si después de haber podido pedir perdón, somos también capaces de otorgar perdón. Últimamente hay muchos estudios sobre esta cuestión y creo que en la vida religiosa ha ido adquiriendo una categoría cada vez más desarrollada. El perdón como experiencia que está en los umbrales de la verdadera existencia –la mística incluso– porque el perdón realiza la eternidad en el tiempo. El perdón es el consuelo radical de la muerte y el consuelo radical también del peligro que tiene el amor que dedicamos a los demás, que es que podamos creernos los liberadores del hombre. Nuestro amor hacia los demás sin esperar su amor y su perdón, seguramente debe pasar por experiencias dolorosas que algún pensador reciente llamaba la desgracia, es decir, el fracaso, para que podamos aprender a no ser nosotros los redentores del prójimo, sino simplemente los amantes del prójimo, los amantes a fondo perdido. Si nuestras

empresas no fracasaran, probablemente no tendríamos la experiencia radical de lo que significa el perdón. Pero el perdón transforma el pasado y eso no lo puede hacer más que Dios mismo. La descarga del pasado, la despotenciación del pasado, el pasado transformable... eso es la experiencia de la eternidad. **Si tenemos la gracia de vivirlo en nuestra vida –y la experiencia de pedir perdón siempre está en nuestra mano– somos todos personas que estamos sitiadas por la experiencia constante del fracaso de nuestras empresas mejor intencionadas (esa es también una situación que es como una especie de muerte, que** debe ser interpretada de nuevo como una bendición en definitiva, porque es la posibilidad de rendir el orgullo definitivamente, de hacer que nuestra fuerza sea tan fuerte que hasta pueda con nuestro orgullo; rendirlo y ponerlo a los pies del amor absoluto, pedir perdón al prójimo, en realidad siempre ya ofendido, y esperar de esa manera que el Dios al que adoramos sea el Dios que transforma, que realmente transforma el pasado). Imaginad lo que es nuestra celebración constante, ahora que estamos justamente en los días de Pascua, del acontecimiento en el que el fracaso extraordinario de la empresa histórica de Jesús se manifiesta luego como resurrección, como puerta del perdón, como victoria sobre la muerte, y luego tener que mirar cómo nosotros no vemos nuestra vida transformada por los actos sacramentales, por la práctica de la oración, por la vida comunitaria, sino que más bien se diría que la experiencia de estas cosas está como teñida de nihilismo en muchos casos. ¿Cómo es posible salir de la celebración de la Pascua del Señor tal como entramos o peor que entramos? Es como una especie de despilfarro de la esperanza.

Creo que la figura del cristiano hoy es la figura fundamentalmente del hombre que tiene una esperanza absoluta, que es una locura hoy; pero para poder tener una esperanza absoluta uno tiene que estar profundamente prevenido respecto de todas estas cosas de las que vengo hablando, mal probablemente, muy inadecuadamente respecto de la experiencia que vosotros tendréis de ellas. El cristiano es el que vive en la atmósfera del perdón, en la atmósfera de la transformación del pasado, en la atmósfera de: todo lo estoy haciendo nuevo ya, ahora. No sólo en la atmósfera de la revelación, en la atmósfera del amor al otro como si fuera santo, como si de mí dependiera radicalmente la ayuda que él necesita en cada momento.

No adorar a Dios desde la experiencia de la eternidad, yo diría que es estar buscando la experiencia de Dios pero no tenerla todavía. La experiencia de Dios es la experiencia del amor que se recibe y que transforma el pasado. Cuando eso nos sucede, cuando hemos tenido la inmensa fortuna de haber sido perdonados alguna vez, de haber tenido que poder pedir perdón, cuando hemos mirado realmente cómo esas cosas que hoy a veces la psicología intenta convencernos de que ya no existen, tales como la culpa, la responsabilidad, todo eso no sirve para alimentar, ni mucho menos, nuestros sentimientos de depresión, sino por el contrario, sirve para que no nos sintamos invulnerables, y en cambio estemos abiertos a ser afectados por esto que he llamado experiencias cumbre o acontecimientos que son presencia del prójimo, necesidad del perdón, presencia en último término de la muerte a la que hemos quitado su aguijón a través del amor, lo único que es más fuerte que la muerte; que todo esto es lo que configura la existencia de un cristiano en la esperanza absoluta. Y todo esto tiene muchísimo que ver con la búsqueda de la verdad en la responsabilidad, con la conversión de la vida a lo que ha pedido desde siglos antes de Cristo, afortunadamente,

para que así se vea la universalidad de la presencia de Cristo en la historia, incluso la filosofía socrática, convirtiendo el no miedo en la clave misma de la vida espiritual.

Y así, en la espera de que el Dios que nos metió dentro el anhelo de su veneración y no sólo de su adoración, pueda realmente desarrollar en nosotros las experiencias fundamentales de la vida; de las que, si no les tenemos miedo, y si las miramos con todo respeto, con todo cuidado y dispuestos a amarlas, a pensarlas, a gozarlas a fondo, a compartirlas con los demás, aprenderemos finalmente que es Dios quien nos está esperando para acogernos en una vida que no podemos imaginar de ninguna manera.